

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—
La rosa y la espiga, por M. M. Sanchez Ugarte.—
El Córpus en Valencia, por Camila Calderon.—Dos
para dos, novela por J. Selgas. Correspondencia

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

Continuacion.

Pero pasa ese término, y repentinamente todo cambia de aspecto. Al pobre niño ya nadie le llama hermoso, ya nadie se ríe de sus travesuras, y lo que eran gracias se convierten en delitos. El padre que jugaba con él y se dejaba abofetear y escupir, le muestra un ceño adusto; la madre le dirige algunos sermones en un lenguaje hasta entonces desconocido, y sobre cosas cuya existencia jamás había previsto. Le impone la virtud con castigos, anteponen el helado deber á todos sus placeres, le

presentan el bien entre lágrimas y privaciones, y el niño sobrecogido, irritado, aborrece lo que debiera amar, maldice lo que debiera bendecir, encuentra amargo lo que le hubiera parecido dulce, si lo hubiese mamado con la leche de su madre; y su conciencia y su razón se hunden igualmente en un caos profundo y tenebroso.

¡Dichoso aquel á quien sus buenas cualidades instintivas le prestan alas para salir del abismo: desdichado, mil y mil veces desdichado, el que en medio de su aturdimiento no acierta á separar la luz de la sombra, lucha y relucha entre las tinieblas y por fin sucumbe! ¿Que harán luego los preceptores y los sabios para galvanizar este cadáver? ¿Podrán acaso conseguirlo con sus áridos discursos doctrinales, con los consejos de la fría razón?

¿Y á quién la culpa de tamaño estrago?

Es de la madre, Enriqueta, es de la madre, por no haber comprendido, por no haber reverenciado bastante la divina esencia de su hijo.

La abuela se interrumpió vivamente; Eduar

do, terminado su examen, venia á nuestro encuentro.

XXXIV.

¡Oh cuán bella es la religion, Julia; la religion en que hemos nacido, la religion de Jesucristo, síntesis de todo lo noble, de todo lo magnánimo y generoso; la religion que transforma al pobre hijo de la tierra en un arcangel de luz y de consuelo.

Ese marasmo del espíritu que ves en torno de tí, esa indiferencia en que están sumidas las grandes capitales, en donde rugen desencadenadas las malas pasiones, es solo superficial y ficticio; en el corazón de las masas halla todavía un eco ardiente el grito de religion; aun se electriza su alma al escuchar la voz del que sabe predicar con fe esa sublime doctrina que responde á todas las necesidades del cielo y de la tierra, que tiene consuelos para todos los dolores, estímulo para todos los sacrificios, y que cobija con sus inmensas alas á toda la familia humana para convertirla en un solo individuo: un solo hijo, que postrado ante un solo Dios, le llama padre.

La unidad es la fuerza; la religion de Jesucristo no perecerá nunca á pesar de todas las conmociones de la tierra. No! Las puertas del infierno no prevalecerán jamás sobre las puertas de la Iglesia. ¡No!

Los descreídos no nos arrancarán jamás esa salvadora égida que nos protege contra el vicio y el infortunio... ¡No, no!... El día en que lo intentasen, de todos los ángulos de la piadosa España, se levantaría un grito tal de horror y reprobación, que haría caer de las manos de los impíos el esculpido innovador con que pretendiesen derrocar nuestras bellas, santas y amadas tradiciones.

Los habitantes de Vegas como los de casi todas las aldeas, estaban subdivididos en infinitos partidos, y entre una casa y otra se abría un abismo sin fondo, practicado por el odio tenaz y la implacable envidia.

Entre unas cuantas familias, las más ilustradas, existía una guerra sorda y sangrienta

cuyos trofeos eran aquellos campos yer-
mos, aquellos mendigos hambrientos y ar-
posos.

Bastaba que uno de sus individuos plantase una viña, para que los otros se complacieran en arrojar sus pámpanos al viento, prefiriendo esterilizar el sudor del pobre, á conceder un átomo de ventaja á su enemigo.

En un solo parage se reunían y se postraban y oraban juntos; en el templo del Dios de la misericordia infinita, que se afligía al recibir aquellas plegarias manchadas por el odio y la venganza.

El domingo siguiente á los sucesos que acabo de referirte, estábamos todos en la iglesia, asistiendo al Santo Sacrificio de la Misa, cuando don Calixto subió al púlpito.

Yo no sé que extraño brillo tenían sus ojos; yo no sé que invisible aureola ceñía su blanca cabellera, solo al verle nos sentimos profundamente conmovidos.

Le mirábamos y no le conocíamos. Es que la fé y el entusiasmo se habían apoderado de su alma, transfigurando su semblante.

Habló, y tampoco sé lo que dijo, porque no hablaba á la mente, hablaba al corazón y cada una de sus palabras le anegaba en un piélago de vivas y desconocidas sensaciones.

Predicaba la paz, y nos hacía una verídica pintura del estado de miseria y ayección en que se hallaba sumido el país, por efecto del odio que dividía á las familias acomodadas: nos presentaba la necesidad imperiosa de una unión, á cuya sombra pudiesen florecer por fin la industria y la agricultura, y procuraba hacernos comprender cuán dulce es la gloria de hacer bien y buscar en el bien la recompensa.

Y todo esto nos lo decía con acento fervoroso aduciendo el ejemplo del Salvador del mundo, cuya efigie estaba allí, pendiente de la Cruz, y cuyas miradas parecían fijas en nosotros con una conmiseración tierna y dolorosa.

Nos mostraba sus brazos, siempre abiertos, para recibir en ellos al pecador arrepentido; nos refería su milagrosa peregrinación por la

tierra, llamando así á los sábios y á los ignorantes, á los pobres y á los ricos, y á los virtuosos y á los pecadores, para darles á todos igualmente el dulce nombre de hijos.

Luego nos pintó con los colores más vivos su divina pasión, y su sublime muerte...

—Vedle! vedle, decia, su cuerpo está destrozado, ensangrentado, moribundo, y sin embargo procura reunir sus fuerzas... quiere hablar por vez postrera... ¿que es lo que dice? ¿qué es lo que murmura?... Oh padre! oh Redentor! oh Mártir santo! es que está bendiciendo á sus verdugos!..

Don Calixto hablaba así con el rostro inflamado: su voz era temblorosa, sus mejillas estaban inudadas de lágrimas...

Yo no sólo que sentimos. Aquella emoción, como una chispa eléctrica, se comunicó á nuestros corazones. Todos los circunstantes se levantaron unánimes, corrieron á abrazarse unos á otros, y se pidieron unos á otros perdón de sus injurias.

Durante un momento, sólo se oyeron en el templo voces trémulas que pronunciaban palabras de humildad y arrepentimiento, y el ruido de los ósculos fraternales que cambiaban entre sí los enemigos.

El esposo culpable pedia perdón de sus yerros á su ofendida esposa, el hijo desobediente á su padre, el amo á su criado...

Paz, fraternidad, perdón, y olvido, estas eran las palabras que resonaban en todos los ángulos del templo, ahogadas por los sollosos de un júbilo divino.

Y luego todos corrieron unánimes á postrarse ante el altar, para ofrecer el sacrificio de sus ódios al Mártir sacrosanto, mientras el cura desde el púlpito estendía sus trémulas manos, invocando sobre ellos la bendición del cielo!...

Oh! qué momento aquel! qué sublime instante!

Si que es hijo de Dios, Julia, sí, que es inmortal el ser á quien es dado sentir tan evangélicas y dulces emociones!...

Y cuando salieron del templo, salieron todos abrazados, y abrazados recorrieron las calles, y en las calles y en la plaza, y en el

campo, se renovaron las dulces escenas de la iglesia.

Parecia que aquel pueblo hubiese resucitado. Los unos se dirigian hacia los otros, preguntaban, se respondian, se felicitaban, como amigos que hubiesen vuelto á encontrarse despues de un largo y peligroso viage.

A orillas del rio, en medio de un campo de flores, se elevaba un copudo olivo. Aquel árbol fué elegido como simbolo de la paz, y todos corrieron en tropel á adornar sus ramas con sus mejores preseas, sus más bellas alhajas, sus joyas más preciosas.

Fué convenio tácito, al cual todos unánimemente respondieron.

Aquellas alhajas vendidas, debian servir de fondo comun para emprender la grande obra.

Los que nada poseian le adornaron con cintas y con flores.

Y despues por la tarde, debajo de su frondoso ramaje, improvisaron un banquete, al cual todos fueron invitados, ricos y pobres, y ricos y pobres bailaron juntos, hasta que el sol se escondió en el ocaso, al son de las guitarras y panderetas, y entonando himnos á la paz, que sin duda los ángeles transcribirian en sus libros inmortales.

¡Oh que hermoso día!

Aquella noche, Julia, el insomnio, el desasosiego y la tristeza, se vieron obligados á huir de Vegas, cuyos habitantes, estoy cierta, que durmieron el sueño apacible y bienaventurado de los justos.

XXXV.

Estos sucesos trajeron un verdadero acontecimiento para nuestra casa, tan pacífica siempre y tan tranquila.

Siendo Eduardo el autor del plan y el fundador de la nueva sociedad, creyo conveniente dar un convite, invitando á él, sin distincion á todos los hombres del lugar, para solemnizar la paz y tratar al mismo tiempo del asunto, porque decia, estos negocios se llevan

á cabo mejor despues de haber apurado algunas botellas de buen vino.

Por la primera vez de la vida, vi á la abuela confusa y perpleja. Quería que el convite fuese digno de su hijo, y digno al mismo tiempo de las personas que concurrieran á él, pero estraña á las costumbres modernas temia no salir airosa de su empeño.

Yo no podia auxiliarla, porque aunque en Madrid habia asistido á muchas comidas, no me habia fijado en nada. Además, estaba un poco de mal humor. Eso de pasar tantas horas mortales frente á frente con aquellos palurdos, para divertirlos y obsequiarlos, me parecia una cosa horrible.

—¿No podia haberse conseguido el mismo resultado sin este fastidioso convite? dije suspirando.

—No, hija, me contestó la abuela, los hombres tienen cualidades buenas y malas, y es preciso tomarlos tales como son, procurando sacar partido de las unas en provecho de las otras.

(Continuará.)

Angela Grassi

LA ROSA Y LA ESPIGA

FABULA

Entre espigas mil y mil
en un prado se veian
las rosas del bello Abril,
que airoso el cáliz gentil
al dulce céfiro abrian.

Y es fama, curiosa, atenta,
que cierta rosa á una espiga
la dijo, segun se cuenta,
teniendo como una afrenta
de estar á su lado: — «Amiga,

¿no es verdad que superior
en mucho yo soy á tí?
¡Cuán hermoso es mi color!
¡y qué fragante es mi olor!
¿tú no lo percibes? di...

La luz del alba dorada
en mi niñez yo la adoro,
y adulta, tengo morada
en la maceta estampada
con vermellon y con oro.

Y satisfecha mi suerte
(signió diciendo la rosa)
á encontrar llegó la muerte
en los labios de una hermosa
y en su pecho tumba inerte,

Y en cambio tú no eres nada,
que en Julio el abrasador
rayo te quema, y quemada
te arranca la mano airada
del grosero segador.

Y luego polvo te hace
la piedra inclemente y dura,
toda tu forma deshace,
y nadie te dice, yace
en aquesta sepultura.

La espiga entónces airosa,
con sus aristas al cielo,
exclamó así: — «¡Pobre rosa!
¡qué mal haces, orgullosa,
y cuán poco es tu consuelo!

Tú que te alabas ufana
de dichosa en el vivir
¿no ves que tu dicha es vana,
hoy tan hermosa... y mañana
marchita y sin porvenir?

Yo al contrario; hoy si siento
el calor, la piedra, aquí,
mañana al pobre sustento,
y soy del rico alimento
y aun me bendicen á mí.

Tú al hombre inútil le eres,
más precisa le soy yo,
tú alimentas sus placeres,
yo su vida... ¿qué más quieres?
La rosa no contestó.

Un niño que por fortuna
esta plática escuchó
dejó al momento gustoso
su caballo de carton,
y un libro de pergamino
en donde estudiar cogió.

M. M. SANCHES UGARTE

EL CORPUS EN VALENCIA.

(CONCLUSION)

También los habitantes en las casas de la carrera tienen desde por la mañana prevenidas grandes bandejas de hojas de clavel, para que las señoritas de la casa ó las invitadas á la fiesta, al paso de la procesion, las arrojen sobre la custodia ó sobre las imágenes de la Virgen de los Desamparados y San Vicente Ferrer, por ser patronos de la ciudad.

Es así que este día confirma Valencia lo propio del dictado que se le dá de Ciudad de las flores.

Allí, si fuerais, veriais profusamente flores en los prendidos de las mujeres, adornados con flores los balcones á granel, sembradas las flores en los templos y en las calles, en todas partes flores y por las flores percibiriais en todas partes el suave ambiente embalsamado.

Dos horas antes de dar comienzo la procesion, multitud de carros cargados de ramas de mirto recorren la carrera y varios hombres alfombran las calles con aquellas verdes y olorosa ramas. Inmediatamente forma la tropa. La artillería montada se coloca en la plaza de San-Francisco y la infantería cubre el resto de la carrera.

A las cuatro salen *las Rocas* de la plaza de la Constitucion y recorren las calles que la procesion debe recorrer despues.

Las Rocas son unos carros de triunfo extraordinariamente grandes y pesados, en los cuales ván las comparsas que formaban parte en la procesion cívica de la víspera.

La conduccion de *las Rocas* es dificilísima, tanto por lo voluminoso y pesado de los vehículos, cada uno de los cuales es arrastrado por un tiro de mulas primorosamente enjaezadas, cuanto por la construccion de las calles de la ciudad, que conservando todavia el sello árabe, son excesivamente estrechas y tortuosas.

Los molineros segun antiquísima costumbre guían *las Rocas*, desplegando en los tiros y en los jaeces, que son de su propiedad, una magnificencia y un lujo extraordinarios y en la conduccion una destreza consumada.

Los conductores de carruajes publicos, algunos de los particulares y sobre todo, los labradores de la huerta, se colocan en los parages mas estrechos y tortuosos para observar las entradas y salidas y las vueltas y revueltas de las *Rocas*, haciendo resonar silvas ó aplausos estrepitosos, segun lo bien ó mal que, á su juicio conducen los molineros aquellos pesados y voluminosos carros.

Las comparsas que van en *las Rocas* arrojan desde ellas flores y dulces á las señoras que están en los balcones, rompiendo de esta manera mas de un cristal y manchando algunos ricos trajes; pero todo es fiesta este día y lo que en otro podria tomarse por rudeza ú ofensa se tiene en aquel por galanteria y á mucho honor.

Las Rocas, como antes he dicho, son siete, y todas poco mas ó menos, tienen tres ó cuatro metros de largo por dos ó tres de ancho y la altura será de cinco próximamente.

Cada *Roca* lleva una imagen que está colocada en el extremo posterior del carro, en el centro van las comparsas con grandes canastas llenas de flores y de dulces, y en la parte anterior los conductores.

La primera *Roca* lleva la imagen de la Purísima Concepcion, cuyo nombre toma y fué construida en el año de 1542.

En la segunda, construida tambien este mismo año, y llamada de la Santísima Trinidad, van, ademas de las comparsas, cinco personajes que son: el Padre Eterno, el ángel, Adán y Eva y la serpiente. Al llegar frente á la casa de Ayuntamiento, los cinco dichos personajes representan un auto sacramental escrito en lemosin, en el que se muestra cómo por la desobediencia de Adán y Eva, perdieron estos el Paraíso terrenal.

La tercera, la de la Fé, se construyó en 1674.

La cuarta de San Vicente Ferrer, se hizo en 1665.

La quinta llamada de San Miguel, porque ostenta en el lugar correspondiente las esculturas del arcángel y de Luzbel, se construyó en el año de 1542.

La sexta se hizo un siglo despues en 1642 y se llama en el país, vulgarmente, *la Roca diablera*, por la figura de Pluton que rodea á quella. Se renovó en 1702 y está dedicada á la memoria de la expulsion de los Arabes en el territorio valenciano.

La última se construyó en 1855, en memoria del cuarto centenario de la canonizacion de San Vicente Ferrer.

A las cinco el repique de las campanas y el estrépito de los cañones disparados en la ciudadela, anuncia que la custodia es sacada en aquel momento de la Catedral, por la puerta denominada de los Apóstoles.

La procesion guarda el orden siguiente: dos reyes de armas que llevan *les banderoles* (estandartes) con las armas de la ciudad, cuatro barras en campo de oro, una celada, un murciélago (*rat-penat*) y dos L.L. que concedió á Valencia para conmemorar su doble lealtad al Señor Rey D. Pedro IV de Aragon, conocido entre los valencianos por el rey del *puñalet* (se alude al puñal con que dicho monarca destruyó el privilegio de la Union).

Vienen seguidamente los *enanos* y los *gigantes* de que hemos hablado, luego los niños asilados, despues

los del Colegio de San Vicente Ferrer, vestidos, con su uniforme, que consiste en un traje completo de fraile dominico á cuya orden perteneció San Vicente. Cuatro niños conducen en hombros la imagen de este Santo fundador y patrono de la escuela que lleva su nombre.

Las cuatro virtudes cardinales representadas por las figuras de Abigail, Ester, Judit y Rut, ataviadas con ricos trajes. Despues las doce tribus, y luego Melquisedech, Abraham, Isaac, Josué, Gedeon, Caleb, Sanson, Moisés, David y Noé ataviados convenientemente.

Luego los doce Apótoles propiamente vestidos. Sigue á esto los timbales y clarines de la ciudad, y para despejar el sitio vá un guerrero vestido con granella de terciopelo morado, peluca empolvada, y largo baston, ó pértiga en las manos.

Viene ahora un diácono con la cruz parroquial de San Pedro, y el clero de todas las otras parroquias con sus correspondientes cruces de oro y plata.

Luego cuatro reyes de armas, un caballero vestido á la antigua usanza española, con traje de guerra, llevando embrazada la adarga (este personaje representa la ciudad).

Sigue un niño, siempre menor de siete años, casi desnudo el cuerpo, pues mal lo cubre con una pequeña piel; lleva á su lado un cordero adornado con cintas de colores, este grupo simboliza á San Juan Bautista.

El Angel San Rafael y Tobias vienen detras, la Cruz de la Metropolitana y tres águilas de dos metros de altura, hechas de carton, cubiertas de papel dorado, dentro de cada una de las cuales vá un hombre del que solo se vén los piés calzados de blanco y encarnado, y que figuran las patas del águila. Cada una de estas lleva una cinta, prendidos los extremos en las alas y el centro cogido con el pico, en cuya cinta se lee un versículo del Evangelio de San Juan.

Vienen despues cuatro imágenes de San Luis Bertran, San Vicente Ferrer, san Vicente mártir, y María Santísima; dichas imágenes y las peanas en que están colocadas son de plata maciza. Al rededor de las peanas cuelga un fleco de pequeñas campanillas, de plata también. Ván, además, todos los gremios, llevando sus banderas y sus santos titulares. Y el clero parroquial aporta á la procesion un verdadero tesoro en las imágenes que conduce, pues además del mérito de las esculturas, hay que admirar los trajes con que se viste á estas, que todos son de terciopelo bordado de oro y pedreria, ó de rico brocado; luciendo en los cuatro extremos de cada una de las peanas, primorosos candelabros y faroles de plata, bronce ó fierro, y cristal.

Algunos niños conducen á unos cuantos ciegos,

que tocan instrumentos de cuerda y representan á David y á los músicos de Israel.

Veintiseis hombres, contrajes talaes, coronas, doradas y luengas barbas y cabelleras, llevan otros tantos ciriales, cada uno de los cuales pesa tres arrobas próximamente.

Seis caballeros vestidos á la antigua española, con traje de corte, llevan en las manos un jarron, lleno de flores y los atributos de la Eucaristía.

Con el Autor del Apocalipsis, un ángel que le acompaña, y los Levitas cantando ante el Tabernáculo dán fin á las figuras alegóricas.

Vienen ahora el Arzobispo, el Gobernador civil, el capitan general é individuos de todas las corporaciones civiles, militares y eclesiásticas de la Ciudad, y por último, veintiseis sacerdotes que inciensan al Santísimo Sacramento, llevado bajo pálio por doce sacerdotes y otros doce que van á los lados alumbrando á la Custodia.

Cierra la marcha el Ayuntamiento y una compañía de infanteria con bandera y música.

Cuando la custodia llega á la plaza del Mercado—mitad, de la carrera—los cañones de la ciudadela disparan y vuelven á diparar, por última vez, cuando la procesion entra en la catedral, que siempre es despues de las once de la noche, y teniendo en cuenta que sale á las cinco de la tarde, se comprenderá la lentitud del paso y lo largo de la carrera.

Al entrar la custodia en el gran templo, la campana del Miquelete (torre de la iglesia mayor) dá la señal del repique y vuelo de campana, que inmediatamente repiten todas las de las otras torres de la poblacion, resuenan á la vez los dos órganos de la catedral, las músicas municipales y militares, que aguardan en el templo, y el cántico religioso y unido todo esto al estampido de los cañones; forma un tan grande rumor, que á media hora de la ciudad ya se percibe.

Reserva el S. Arzobispo al Santísimo Sacramento, dá la bendicion al pueblo, y termina con esto la fiesta mas suntuosa ostentosa y grande que se celebra en la muy noble y muy leal ciudad del valiente Cid D Rodrigo.

Camila Calderon.

DOS PARA DOS.

Novela original

DE

D. JOSE SELGAS Y CARRASCO.

(CONTINUACION)

No me detuve; cogí un capillo, y comencé á darle vigorosas friegas, ayudándome aquellas dos criaturas aflijidas. En esto la criada, que habia salido pidiendo socorro, volvía trayendo un vaso que contenía un líquido incoloro; por el olor comprendí que era una bebida anti-espasmódica, y sin vacilar deposité en la boca de la enferma una cucharada. Poco antes de que llegara el médico abrió los ojos, pero no podía hablar ni moverse; la joven y el niño me miraron con una espresion de gratitud, que no tiene nombre en ninguna lengua. Al fin llegó la ciencia bajo la forma de un doctor muy amable, y nos tranquilizó, asegurándonos, que la crisis estaba vencida, pero que era preciso evitar un nuevo caso. Allí pasé todo el día, y la noche.

Miguel interrumpió a su amigo con estas palabras.

—Veo un suicidio sublime, digno de la antigüedad, interrumpido por un idio de buhardilla.

—En efecto; en aquel día y en aquella noche, no pensé ni una vez siquiera en quitarme la vida; a la mañana siguiente, cuando bajé á mi cuarto, dejando la enferma muy mejorada, tenía mucho sueño, y me acosté y dormí como un tonto. Cuando me acomete de nuevo la idea de matarme me refugio en el cuarto de mis vecinas, y allí me defiendo.

—Si no recuerdo mal, has dicho que la vida te es insoportable.

—Cierto, pero he empezado á comprender que debo soportarla.

—Bueno, renuncias generosamente á la herencia de tu tío, con la misma generosidad renuncias á la mano de tu buena prometida, y no queriendo ser contigo menos generoso, te perdonas la vida. No se puede pedir mas abnegación.

—No lo creas; pienso en otro suicidio.

—En otro...!

—Sí, en otro mas original, más bello y más económico: pienso en una muerte que no cueste la vida.

—¡Demonio...! Estás incomprendible... ¿Quieres hacerme el favor de explicarme eso?

—Es muy sencillo: quiero sobrevivirme.

—¿Y cómo vas á realizar tan insigne proyecto?

—¿Cómo? Enterrándome vivo.

Miguel miró á Jaime con los ojos llenos de asombro y la boca llena de humo; y despues de un momento de atónita contemplacion, dijo:

—Es imposible entenderte.

—Pues debias comprenderme, replicó Jaime; pero veo que te hace traicion tu perspicacia, y que necesito explicarme con más claridad para que me entiendas. Oyeme: el lujo, la opulencia, los placeres de los sentidos, los deleites de la vida, segun tu dices, renunciar al lujo, á la opulencia á los placeres á los deleites, es renunciar al mundo, es suicidarse.

—Es verdad.

—Pues bien: yo renuncio á todos los goces de la materia, á todos los deleites de la opulencia, al mundo en que hemos vivido, y á la vida de que tu gozas...: esto es, me quito de enmedio. Aquí tienes el suicidio. Pero quiero vivir, y como no soy más que un cadaver, al que le falta el aire de la fortuna y la vida del dinero, voy á sepultarme vivo en la oscuridad del trabajo, en la oscuridad del estudio... ¡Asombrate, Miguel, en la oscuridad de la virtud! Dejo el mundo en que hemos vivido, por otro mundo en que se goza menos y se vive mas; la distancia que va á separarnos es inmensa, y he venido á despedirme de tí para siempre.

—Por el tono con que me hablas, me das á entender que tu resolucion es irrevocable, á lo menos por ahora; yaunque me afliges mucho, no intento persuadarte: solo te pido el plazo de un mes.

—¿Para qué? pregunto Jaime.

—Vas á saberlo. Hara cosa de quince dias, que me encontré unos ojos negros, cuyas miradas encendieron toda la sangre de mi corazon. Debajo de los ojos habia una boca que convidaba á las mas hermosas palabras; debajo de la boca habia un talle voluptuoso; sobre todo esto habia un cabello magnifico y unas cejas espléndidas. En fin, imagínate una mujer abrasadora. Detras de ella hay una buena fortuna, y una grande influencia. La he visto y la adoro con todo el fuego de mis sentidos. No ha sido invencible ni á los encantos de mi persona, ni á los atractivos de mi capital: el amor y el calculo han tegido esta red; ambos hemos caído en ella, y vamos á casarnos. ¿Quieres ser testigo de mi boda?

—No, replicó resueltamente Jaime. Esa boda

pertenece á un mundo del cual me he despedido formalmente.

Miguel, dijo.

«He querido responder á tu invitacion con la mia, y tú pagas mi negativa con la tuya; quieres decir que á lo menos vamos á separarnos en paz.

—Así es, dijo Jaime levantándose; La fortuna es loca, la opulencia hastia, y los placeres se acaban: si alguna vez necesitas el corazon de un amigo, encontrarás el mio.

—Precisamente pensaba yo todo lo contrario: el trabajo cansa, la oscuridad desespera, y la virtud molesta. Si alguna vez piensas resucitar no lo dudes, siempre encontrarás abierto mi bolsillo.

—¡Adios! exclamó Jaime levantándose y tendiéndole la mano.

—No, no... dijo Miguel; abracémonos.

—Si, añadió Jaime; abracémonos porque siento mucha pena al abandonarte.

—Lo creo, pero no es menor mi sentimiento. Siempre tuve de tu juicio una alta idea: más veo que estás loco.

—No he desconocido nunca tu talento, replicó Jaime; pero ¡que quieres! me despido de ti íntimamente convencido de que eres tonto.

Los dos amigos se abrazaron estrechamente, al fin se desprendieron de aquel abrazo interminable, y se separaron.

Cuando Miguel se vió solo, arrojó colérico el cigarro contra la chimenea, diciendo, mientras se limpiaba los ojos.

—¡Maldito tabaco!... ¿Pues no me ha hecho llorar el humo?

Jaime bajó la escalera lentamente, y resregándose los parpados, decía:

—Bah...! estos pañuelos de algodón hacen saltar las lágrimas.

IV.

Entre los Carabancheles, aislada, próxima al camino, existe ó ha existido, ó ha debido existir que para el caso es lo mismo, una casita de un solo piso y de modesta apariencia, á la que no nos es permitido llamar quinta, aunque tiene algo de parque, y un poco de jardin.

La pequeña casa, el reducido jardin, y el diminuto parque, se hallan encerrados dentro de las cuatro paredes de una humilde tapia, que se eleva formando un cuadro perfecto, y en la que una verja de madera, todavia sin pintar, abre paso á una calle de nacientes arboles, que conduce á la puerta de la casa. Para entrar hay que

subir dos escalones de piedra, que son dos, más que por necesidad, por lujo.

La pieza principal de la casa es una sala cuadrilonga, vestida con papel de color de lila, sobre el que se destacan menudas flores que por el color y por la forma parece que quieren ser violetas. Hay dos rejas que dan al jardin, por las que trepan, suben y bajan, entran y salen, anudándose y desatándose en caprichoso tejido, las ramas flexibles de una copiosa enredadera, que cuelga y cubre los hierros con sus mudas campanillas.

En medio de la habitacion hay una mesa de nogal; enfrente de las rejas se vé el sofá correspondiente á una docena de silas de Victoria, que en riguroso orden, perfectamente equidistantes, rodean la estancia pegadas á las paredes. Sobre el sofá se ostenta un hermoso grabado, que representa á la Virgen al pie de la cruz, admirable composicion de Paul de la Roche: debajo del cuadro pende un pequeño crucifijo, del que cuelga un rosario.

Tres muebles de lujo brillan satisfechos en medio de tan modesto menaje, siendo la aristocracia de aquel humilde mobiliario. Estos muebles son una cuna de acero, una butaca de butapercha, y un costurero de palo santo. Sobre la mesa levanta su volumen un infolium encuadernado en pasta, en cuyos cantos se notan las huellas del uso y entre cuyas hojas asoma el extremo de una cinta encarnada, como se vé en los misales, y que debe ser la señal del sitio en que la última vez quedó pendiente la lectura: es el tomo del año Cristiano correspondiente al mes de Agosto.

CORRESPONDENCIA.

Vega de Ruyponce. Señora doña F. L. de M., con los 4 rs. que envia deja pagado hasta fin de junio del 80 que es el año que esta recibiendo.

Villageriz de Vidriales. Señor don D. B., deja pagado hasta fin del 80.

Valladoud. Señora doña A. B., anotados los 28 rs. que envia.

Zaragoza. Señora doña S. C., recibidos los 12 rs. que remite.

Ibi. Señor don S. G., recibidos los 24 rs., queda hecha la traslacion, pero debemos advertirle que doña R. G. adeudaba á esta administracion 36 reales hasta fin del 79.

Alburquerque. Señor don A. D., anotados los 28 rs., y remitidos los números que le faltan.

Sebulcor. Señor don E. L. O., recibidos los 24 rs. que remite.

San Fernando. Señor don J. E., recibidas las 4 pesetas.

Zaragoza. Señor don M. B., recibidos los 64 rs. y remitidos los números que desea.

Granada.—Imprenta de «La Madre de Familia»